



## Nadie gana una guerra

***La paz más desventajosa es  
mejor que una guerra justa.***

**Erasmus de Rotterdam**

Hay hombres y mujeres de grandes amores, algunos de ellos sienten profundo amor por la guerra, la justifican con extrañas cifras, con curiosos devaneos, con extravagantes sofismas que les permite jugar con la sangre de gentes pobres, los hacen sus hijos de la guerra, bien sea que integren las fuerzas del gobierno o las fuerzas opuestas. No han podido entender que es mejor una paz cediendo que una guerra venciendo. También nos han hecho creer que la segunda guerra mundial se dio por negociaciones injustas con Alemania, más bien esa guerra se gestó por la incompetencia europea para resolver sus problemas con el uso de las palabras, por incapacidad lingüística y por exceso de armas.

Por mucho que insistan, por excelsas teorías, por limpias estadísticas –cargadas de muertos y desplazados-, que nos entreguen, de lo que no tenemos dudas es que una guerra nadie la gana. Se lucran unos cuantos y la padecen las mayorías, pero de ganar como tal, eso no es cierto.

Se escriben historias desde los vencedores y escasos relatos desde los perdedores, pero el dolor queda registrado en la humanidad ¿Quién vence cuando se tienen seres humanos asesinados? ¿Hay vencedores cuándo se humilla la condición humana?

En dos siglos, a muchos colombianos, les viene mejor seguir manteniendo las guerras, llámense de los mil días, chulavitas, partidistas, revolucionarias, contrarrevolucionarias, liberacionales, etc, etc, etc. Los muertos los sumamos por cifras insospechadas, no obstante, siguen emergiendo politiqueros haciéndonos creer que debemos avanzar en la guerra, que la solución a un problema social son las armas, que el problema de los vendedores ambulantes se resuelve expulsándolos y humillándolos. El cinismo de estos políticos merece un amplio tratado. Al menos, sabemos que los hijos de los grandes varones de la política no van a la guerra, tienen protección estatal y mundial.

La academia, el mundo de la educación y los intelectuales debemos seguir investigando, comprendiendo este fenómeno humano tan perverso del querer asesinarnos, del querer imponer nuestros criterios bajo enormes ríos de sangre. Ningún intelectual, ningún pensador serio puede avalar la muerte de un ser humano. Si ello sigue sucediendo es que nuestra pobreza para resolver los problemas es abrumadora.

Las diversidades, la inclusiones o las integraciones requerimos estudiarlas hasta comprenderlas en su profunda esencia, no para someter di decirle al otro cual es el camino a seguir, sino para que en serios compromisos nos arrojemos de lleno al dilema del aprender a vivir juntos, al estar en juntedades distintas.

Cualquier teoría, cualquier formación, cualquier disciplina humana será precaria sino logramos resolver esto del estar entre y con los otros. Los desplazamientos, los asesinatos, las violaciones, las destrucciones son acciones humanas que precisamos tensar hasta encontrar un punto de no retorno, un lugar donde lleguemos a la convicción de que nadie es ilegal en ninguna parte del planeta.

Es inconcebible que no tengamos libertad de vivir donde queramos, que se dispongan normas restrictivas, banderas tontas, himnos guerreristas para hacernos creer que si



cruzamos una frontera ya somos ilegales –ilegal el que gesta esas constituciones y leyes para evitar la llegada de desplazados-. El sólo hecho de vivir ya nos da el derecho a merodear, a caminar y a vivir donde tengamos condiciones más dignas, donde nos parezca.

Es mejor una paz con errores que una guerra total. De la guerra su mayor virtud es aumentar los cementerios, llenar de dolor a las sociedades y plagar los campos en fosas comunes, de gentes desaparecidas; eso es lo que saben las guerras, eso es lo que adoran algunos políticos que en grandes comodidades, desde sus increíbles propiedades, muchas de ellas devenidas de la guerra, insisten en la guerra total, en el exterminio absoluto. A ellos les pedimos abandonar la división, apostarle a la educación, creer que somos posibles desde muchos escenarios, pero que jamás la muerte será una salida.

En este número de Plumilla Educativa encontramos profundas búsquedas por los actos de aula que se interesan por la paz, por la corrupción, por las tecnologías, por la migración, por las inclusiones y por las diversidades. Trabajos de gran esfuerzo intelectual, de impronta académica seria. Lo radicalmente placentero es que siendo investigaciones con la participación de muchos actores sociales, ninguno concluye que el mejor camino sea la guerra.

Estas investigaciones son claras en sus recomendaciones y conclusiones: requerimos vivir en comunidad, arriesgarnos a la paz, estar convencidos de que el ser humano siempre es un estar siendo.

Ya sabemos que una entrega de armas no indica paz, pero sí asegura que tengamos menos artefactos para asesinar, para someter y para violentar.

Las diversidades, las inclusiones, las alteridades, las otredades, las singularidades y las cualquieridades son viables si apostamos a otros lenguajes, si nos arriesgamos desde la academia no a encender odios sino a sembrar esperanzas de reconciliación y que por equivocados que estemos jamás aprobemos la muerte de alguien, que nos decidamos a respetar al otro, incluso al que siente necesidad de guerra. Sin duda, la vida es posible si nos exponemos a vivir juntos.

**Miguel Alberto González González**

Director Revista